

EL MERCADER DE
VENEZIA



William
Shakespeare

El mercader de Venecia

William Shakespeare



Título original: El mercader de Venecia

Autor: William Shakespeare

Diseño de portada: Literanda

Traducción: Marcelino Menéndez Pelayo

© de la presente edición: Literanda, 2015

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa de los titulares del copyright la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Más ediciones en www.literanda.com

PERSONAJES

EL DUX

EL PRÍNCIPE DE MARRUECOS

EL PRÍNCIPE DE ARAGÓN

ANTONIO, mercader de Venecia

BASSANIO,

su amigo SOLANIO,

SALARINO, amigo de Antonio

GRACIANO, amigo de Antonio

SALERIO, amigo de Antonio

LORENZO, amante de Jéssica

SHYLOCK, judío

TÚBAL, otro judío, amigo suyo

LANCELOT GOBBO, criado de Shylock

EL VIEJO GOBBO, padre de Lancelot

LEONARDO, criado de Bassanio

BALTASAR, Criados de Porcia

ESTÉFANO, Criados de Porcia

PORCIA, rica heredera

NERISSA, doncella de Porcia

JÉSSICA, hija de Shylock,

SENADORES de Venecia,

OFICIALES del Tribunal de Justicia,

CARCELEROS, CRIADOS Y otros...

La escena es parte en Venecia, parte en Belmonte, quinta de Portia,
en el continente.

ACTO I

Escena I

Venecia. Una calle

ANTONIO, SALARINO Y SOLANIO

ANTONIO.— No entiendo la causa de mi tristeza. A vosotros y a mí igualmente nos fatiga, pero no sé cuándo ni dónde ni de qué manera la adquiriré, ni de qué origen mana. Tanto se ha apoderado de mis sentidos la tristeza, que ni aun acierto a conocerme a mí mismo.

SALARINO.— Tu mente vuela sobre el Océano, donde tus naves, con las velas hinchadas, cual señoras o ricas ciudadanas de las olas, dominan a los pequeños traficantes, que cortésmente les saludan cuando las encuentran en su rápida marcha.

SOLANIO.— Créeme, señor; si yo tuviese confiada tanta parte de mi fortuna al mar, nunca se alejaría de él mi pensamiento. Pasaría las horas en arrancar el césped, para conocer de dónde sopla el viento; buscaría continuamente en el mapa los puertos, Al soplar en el caldo, sentiría dolores de fiebre intermitente, pensando que el soplo del viento puede embestir mi bajel. Cuando viera bajar la arena en el reloj, pensaría en los bancos de arena en que mi nave puede encallarse desde el tope a la quilla, como besando su propia sepultura. Al ir a misa, los arcos de la iglesia me harían pensar en los escollos donde puede dar de través mi pobre barco, y perderse todo su cargamento, sirviendo las especias orientales para endulzar las olas, y mis sedas para engalanarlas. Creería que en un momento iba a desvanecerse mi

fortuna. Sólo el pensamiento de que esto pudiera suceder me pone triste. ¿No ha de estarlo Antonio?

ANTONIO.— No, porque gracias a Dios no va en esa nave toda mi fortuna, ni depende mi esperanza de un solo puerto, ni mi hacienda de la fortuna de este año.

No nace del peligro de mis mercaderías mi cuidado.

SOLANIO.— Luego, estás enamorado.

ANTONIO.— Calla, calla.

SOLANIO.— ¡Conque tampoco estás enamorado! Entonces diré que estás triste porque no estás alegre, y lo mismo podías dar un brinco, y decir que estabas alegre porque no estabas triste. Os juro por Jano el de dos caras, amigos míos, que nuestra madre común la Naturaleza se divirtió en formar seres extravagantes. Hay hombres que al oír una estridente gaita, cierran estúpidamente los ojos y sueltan la carcajada, y hay otros que se están tan graves y serios como niños, aunque les digas los más graciosos chistes.

(Salen Bassanio, Lorenzo y Graciano)

SOLANIO.— Aquí vienen tu pariente Bassanio, Graciano y Lorenzo. Bienvenidos.

Ellos te harán buena compañía.

SALARINO.— No me iría hasta verte desenojado, pero ya que tan nobles amigos vienen, con ellos te deajo.

ANTONIO.— Mucho os amo, creedlo. Cuando os vais, será porque os llama algún negocio grave, y aprovecháis este pretexto para separaros de mí.

SALARINO.— Adiós, amigos míos.

BASSANIO.— Señores, ¿cuándo estaréis de buen humor? Os estáis volviendo agrios e indigestos. ¿Y por qué?

SALARINO.— Adiós: pronto quedaremos desocupados para servirlos.

(Vanse Salarino y Solanio)

LORENZO.— Señor Bassanio, te dejamos con Antonio. No olvides, a la hora de comer, ir al sitio convenido.

BASSANIO.— Sin falta.

GRACIANO.— Mala cara pones, Antonio. Mucho te apenan los cuidados del mundo. Caros te saldrán sus placeres, o no los gozarás nunca. Noto en ti cierto cambio desagradable.

ANTONIO.— Graciano, el mundo me parece lo que es: un teatro, en que cada uno hace su papel. El mío es bien triste.

GRACIANO.— El mío será el de gracioso. La risa y el placer disimularán las arrugas de mi cara. Abráseme el vino las entrañas, antes que el dolor y el llanto me hielen el corazón. ¿Por qué un hombre, que tiene sangre en las venas, ha de ser como una estatua de su abuelo en mármol? ¿Por qué dormir despiertos, y enfermar de capricho? Antonio, soy amigo tuyo. Escúchame. Te hablo como se habla a un amigo. Hombres hay en el mundo tan tétricos que sus rostros están siempre, como el agua del pantano, cubiertos de espuma blanca, y quieren con la gravedad y el silencio adquirir fama de doctos y prudentes, como quien dice: «Soy un oráculo. ¿Qué perro se atreverá a ladrar, cuando yo hablo?» Así conozco a muchos, Antonio, que tienen reputación de sabios por lo que se callan, y de seguro que si despegasen los labios, los mismos que hoy los ensalzan serían los primeros en llamarlos necios. Otra vez te diré más sobre este asunto.

No te empeñes en conquistar por tan triste manera la fama que logran muchos tontos. Vámonos, Lorenzo. Adiós. Después de comer, acabaré el sermón.

LORENZO.— En la mesa nos veremos. Me toca el papel de sabio mudo, ya que Graciano no me deja hablar.

GRACIANO.— Si sigues un año más conmigo, desconocerás hasta el eco de tu voz.

ANTONIO.— Me haré charlatán, por complacerte.

GRACIANO.— Harás bien. El silencio sólo es oportuno en lenguas en conserva, o en boca de una doncella casta e indomable. (*Vanse Graciano y Lorenzo*)

ANTONIO .— ¡Vaya una locura!

BASSANIO.— No hay en toda Venecia quien hable más disparatadamente que Graciano. Apenas hay en toda su conversación dos granos de trigo entre dos fanegas de paja: menester es trabajar un día entero para hallarlos, y aun después no compensan el trabajo de buscarlos.

ANTONIO.— Dime ahora, ¿quién es la dama, a cuyo altar juraste ir en devota peregrinación, y de quien has ofrecido hablarme?

BASSANIO.— Antonio, bien sabes de qué manera he malbaratado mi hacienda en alardes de lujo no proporcionados a mis escasas fuerzas. No me lamento de la pérdida de esas comodidades. Mi empeño es sólo salir con honra de los compromisos en que me ha puesto mi vida. Tú, Antonio, eres mi principal acreedor en dineros y en amistad, y pues que tan de veras nos queremos, voy a decirte mi plan para librarme de deudas.

ANTONIO.— Dímelo, Bassanio: te lo suplico; y si tus propósitos fueran buenos y honrados, como de fijo lo serán, siendo tuyos, pronto estoy a sacrificar por ti mi hacienda, mi persona y cuanto valgo.

BASSANIO.— Cuando yo era muchacho, y perdía el rastro de una flecha, para encontrarla disparaba otra en igual dirección, y solía, aventurando las dos, lograr entrambas. Pueril es el ejemplo, pero lo traigo para muestra de lo candoroso de mi intención. Te debo mucho, y quizá lo hayas perdido sin remisión; pero puede que si disparas con el mismo rumbo otra flecha, acierte yo las dos, o lo menos pueda devolvarte la segunda, agradeciéndote siempre el favor primero.

ANTONIO.— Bassanio, me conoces y es perder el tiempo traer ejemplos, para convencerme de lo que ya estoy persuadido. Todavía me desagradan más tus dudas sobre lo sincero de mi amistad, que si perdieras y malgastaras toda mi hacienda. Dime en que puedo servirme y lo haré con todas veras.

BASSANIO.— En Belmonte hay una rica heredera. Es hermosísima, y además un portento de virtud. Sus ojos me han hablado, más de una vez, de amor. Se llama Porcia, y en nada es inferior a la hija de Catón, esposa de Bruto. Todo el mundo conoce lo mucho que vale, y vienen de apartadas orillas a pretender su mano. Los rizos, que cual áureo vellocino penden de su sien, hacen de la quinta de Belmonte un nuevo Colcos ambicionado por muchos Jasones. ¡Oh, Antonio mío! Si yo tuviera medios para rivalizar con cualquiera de ellos, tengo el presentimiento de que había de salir victorioso.

ANTONIO.— Ya sabes que tengo toda mi riqueza en el mar, y que hoy no puedo darte una gran suma. Con todo eso, recorre las casas de comercio de Venecia; empeña tú mi crédito hasta donde alcance. Todo lo aventuraré por ti: no habrá piedra que yo no mueva, para que puedas ir a la quinta de tu amada. Ve, infórmate de dónde hay dinero.

Yo haré lo mismo y sin tardar. Malo será que por amistad o por fianza no logremos algo.